

Crear o reventar

Horacio José Fuentes



Image not found.

Capítulo 1

Crear o reventar

—Yo no creo— Me dijo un señor al que no conocía con el cual circunstancialmente nos encontrábamos en la fila del cajero automático. Me sorprendió primeramente que me hablara y también el tenor de lo dicho, por un momento pensé que no había escuchado la frase completa. Como habitualmente suelo eludir conversaciones con personas a las que no conozco, guardé silencio durante un rato bastante largo, aunque finalmente cedí y le pregunté — ¿No cree en dios? El señor me miró como si le hubiera preguntado algo sin sentido y repitió —Yo no creo. Supuse que en realidad se refería al verbo crear y no al verbo creer. Le pregunté entonces si carecía de capacidad creadora y sin esperar respuesta agregué, eso es algo que nos pasa a la mayoría de las personas. —Yo no creo— Dijo por tercera vez. Aunque en esta oportunidad fue más explícito — Yo no creo en nada— Completó. Ante esa afirmación pensé que alguien en el siglo diecisiete ya había andado por esos senderos. Un tal Descartes había dudado de todo excepto de que dudaba. — No creer en nada es una paradoja— Le dije con cierto temor, ya que el señor se mantenía muy serio. —No, solo es no creer, tampoco creo en las paradojas, es mas no creo saber qué quiere decir esa palabra. Comprendí que lo mejor era no intentar informarle lo que significaba paradoja, además ya estaba arrepentido de haber abierto la boca. —No creo, no creo que estemos aquí, no creo que estemos hablando, no creo en que no creo.

Era una gran negación; pero en definitiva la negación de una negación es una afirmación. Yo algunas veces también transitaba por un escepticismo muy abarcativo, ¿Cómo no preguntarse por la realidad de la existencia? ¿Cómo no preguntarse por la cuestión de ser algo y no nada? Pero surge eso de: y... pero me lo estoy preguntando y uno abandona ese pensamiento angustiante y generador de confusión. De repente mientras estoy en estas disquisiciones siento hambre y me levanto a rebuscar en la heladera, así la materialidad se hace presente en forma muy fuerte, desaparece ese sentimiento metafísico. Nada menos metafísico que un sándwich de mortadela y queso.

Ahora este señor no cree en estar aquí, no cree en tener hambre, no cree en que no cree. Le dije — Pero usted está hablando conmigo.

— No, yo no creo estar hablando con usted, en realidad no creo que usted exista, como no creo que yo exista. Volví a la idea de los verbos porque este hombre insistía en no creer en forma dogmática y en todo caso esa idea que el negaba era una creación, un forma de ver al mundo, una forma de comunicarse. Este señor decidió comunicarse conmigo.

La fila del cajero avanzaba muy lentamente; en realidad ya empezaba a sentirme incómodo, estaba involucrado en una conversación que no podría evolucionar mucho más. Ya había desechado que el tipo fuera un bromista, entonces quedaba otra opción que definitivamente era más antipática: se trataba de un desquiciado y yo era un imbécil por involucrarme en esa charla delirante. Sin embargo por algo impreciso yo seguía allí, haciendo esfuerzos por minimizar la conversación pero fuertemente atraído a continuarla. — Va lenta la fila. — No creo. — Ojala que los cajeros tengan dinero. —No creo.

En eso estábamos, cuando repentinamente aparecieron dos tipos que sacaron un arma y apuntando al hombre le exigieron que sacara dinero para ellos, que si no lo mataban como a un perro. — No creo— Dijo el hombre. No era ya para mí una respuesta extraña, pero si para los delincuentes que ni pensaron en Descartes, ni en la duda metódica, ni en la metafísica, ni en la angustia existencial y ahí nomás le dispararon a quemarropa. Cayó en la vereda por la que rápidamente se esparció la sangre que salía de la tremenda herida. Me incliné para auxiliarlo, sabiendo que era inútil el esfuerzo; todavía estaba consciente, me miró y dijo. —No creo que haya que preocuparse por nada.

Horacio Fuentes